

SI TODAS LAS FAMILIAS TEJIERAN SUS RECUERDOS...

Por HILDA SANTIESTEBAN BADÍA
Comunidad de San Agustín

Para la autora, las historias que se cuentan en familia tienen un valor inestimable. No obstante la verdad que encierran esas palabras, ella considera que se tienen muy poco en cuenta en la actualidad.

Tengo un vecino de cuatro años de edad a quien, desde que tenía más o menos un año y medio, le leo libros de cuentos y, en ocasiones, le invento historias de hadas, gnomos, duendes, ninjas, en fin, de todo tipo, y que me escucha, mientras reclama los domingos venir a mi hogar para ver la matinée infantil conmigo.

Hace poco tiempo, él me dijo: “Cuando estuviste enferma, yo vine a cuidarte con tu hada madrina y Voltus V y te daba la medicina grande y como mucho para poder cuidarte”.

Al escucharlo, me percataba de cómo unía en su relato mis cuentos, personajes de películas y un catarro que lo había mantenido varios días sin ir a mi casa.

Los integrantes más viejos de la familia, también al relatar sus historias, suelen expresar sus sentimientos y, sobre todo, recuperar, en lo posible, la importancia y el protagonismo que la juventud, en ascenso, muchas veces les arrebatan al no tomarlos en consideración.

Por consiguiente, lo correcto es que le prestemos la debida atención cuando nos cuenten sus vivencias, pues esas narraciones son, igualmente, parte de nuestras vidas.

Cuántas veces contemplo a los vecinos que deciden conversar, por ejemplo, con mi tía y mi mamá y hallo a estas últimos con nuevas fuerzas y energías al concluir los referidos diálogos o cuando se les reclama para realizar cualquier tipo de servicio o actividad. Es entoces cuando suelo preguntarme: ¿Qué pueden encontrar en ellas, que yo, aunque las quiero mucho, no observo, porque muchas veces me sacan de mis casillas?

Pero eso también sucede con mis hijas. Resulta que para ellas yo me torno muchas veces “insoportable”, por lo cual, en ocasiones, se interrogan cómo ese niño, al que me referí anteriormente, puede estar tanto rato escuchándome y riéndose conmigo. ¿Qué encuentra en mí que ellas no ven?

Es poco el tiempo para relatar, contar anécdotas e historias, lo que sucede es que la mayoría de nosotros estamos inmersos en enfrentar numerosos problemas que prácticamente nos azotan de manera cotidiana: abordar la guagua, tratar de llegar temprano al trabajo, concurrir a la bodega, llevar a cabo las muchas veces abrumadoras tareas de la casa, y no nos percatamos de la importancia de rescatar la saludable tradición de sentarnos con el ánimo de narrar o escuchar sucesos que nos han ocurrido a lo largo de nuestra existencia.

Todas las personas atesoran, por lo general, su correspondiente baúl repleto de cuentos y narraciones, en los que se encuentran, precisamente, tanto sus experiencias como sus vivencias.

De vez en cuando debemos extraer del baúl esas historias, procurar el tiempo para esparcirlas y entonces contemplar, en toda su magnitud, lo que allí se encuentra acopiado.

Sin dudas, todo encerrará un tesoro, pues no sólo aflorarán los momentos difíciles que hemos enfrentado, sino también los relacionados con la niñez o cuando tuvimos el primer amor, nuestros hijos dieron sus primeros pasos y disfrutamos sanamente con nuestras amistades.

Lo anterior es parte de nuestra identidad, y exponerlo a la superficie contribuirá, de manera significativa, a recuperar los valores y a compartirlos con nuestros hijos, familiares y amigos.

Pienso, sinceramente, que si todas las familias tejieran sus recuerdos, elaborarían una hermosa alfombra henchida de amor, alegría y comprensión.